

Cómo recuperar el pensamiento del desarrollo en el “inconsciente” económico de la Argentina

ERNESTO A. O’CONNOR

¿Crecimiento “vs.” Desarrollo?

La discusión en torno al desarrollo económico ha sido prácticamente dejada de lado en la Argentina hace ya unas décadas. En cualquier “presentación” o paper que se puede encontrar en nuestro país, sea por parte de funcionarios, empresarios, o economistas, la visión –y la palabra– dominante en lo que hace a la performance de largo plazo del país es la del crecimiento¹. El desarrollo es una conceptualización citada de compromiso, por ejemplo, cuando se habla –erróneamente– de desarrollo sustentable, frase que en realidad técnicamente se refiere a la interrelación entre actividad económica y medio ambiente².

Lo predominante en el pensamiento económico argentino contemporáneo es la preocupación por la consistencia de la política económica, que es lo que llevará al crecimiento. Este enfoque está en consonancia con las tendencias de la corriente principal neoclásica, reforzadas a partir del auge de la nueva macroeconomía clásica de los 70 hasta la actualidad. El premio Nobel de Economía 1995, y máximo referente de esta escuela, Robert Lucas, establece que “por problema de desarrollo económico entiendo simplemente el problema de contabilizar a partir de los patrones observados, en distintos países y a través del tiempo, niveles y tasas de crecimiento del ingreso per cápita. Esta definición puede parecer muy estrecha, y quizás lo sea, pero pensar en los patrones de ingreso nos llevará a pensar necesariamente también

acerca de muchos otros aspectos de la sociedad; por esto sugiero que nos abstengamos de emitir opinión sobre el alcance de esta definición hasta que tengamos una idea más clara acerca de dónde nos lleva”.³

El efecto derrame del crecimiento sobre toda la economía es la consecuencia natural de este enfoque. También se deriva de esto la “primacía de la política económica” sobre las visiones más centradas en el desarrollo que, por otra parte, nunca integraron la corriente principal⁴ de la ciencia económica. Los aportes señeros de autores como Albert Hirschman o Paul Rosenstein Rodan, y los trabajos en América Latina a partir de Raúl Prebisch y la CEPAL, de ayer y de hoy, no forman parte de la así llamada ortodoxia económica⁵.

La “primacía de la política económica” puede entenderse como la herencia en los hechos de los postulados de la nueva macroeconomía clásica. Esto se canalizó en la visión “market friendly”, expresada tanto en el Consenso de Washington⁶ (1999) como en el Informe de Desarrollo Mundial del Banco Mundial de 1991. Así, una correcta política macroeconómica es aquella que sienta las bases del crecimiento. De este modo, para el largo plazo prima la visión de crecimiento, sin ocuparse de la cuestión del desarrollo. Los valiosos aportes de la ciencia económica al crecimiento en las últimas décadas potenciaron su “liderazgo” sobre la visión de “desarrollo”. El desarrollo económico, que de por sí tiene incorporada una visión estratégica hacia el futuro y un deter-

minado rol para el Estado, fue quedando como un enfoque casi “fuera de época”.

En la experiencia argentina, la sucesión de fracasos económicos desde 1973 hasta fines de los 80 casi naturalmente motivaron un resurgimiento de una postura más ortodoxa, que se canalizó desde 1989. Si bien en 2002 se produjo un quiebre del modelo económico vigente, se puede afirmar que el pensamiento centrado en el desarrollo sigue ausente.

Un ejemplo esclarecedor al respecto es la permanente actitud de los economistas y analistas brasileños. La cultura “desarrollista”, heredada en buena medida de la época de Kubitschek (1956-61) se ha mantenido hasta el presente, pese a las intermitencias del ciclo económico brasileño desde los años 90. Más allá de que Brasil posea un Ministerio de Desenvolvimiento, Industria y Comercio, amén de una serie de organismos que apuntalan activamente el desarrollo como ser el BNDES, el Sebrae, o la APEX-Agencia de Promoción de Exportaciones de Brasil, lo más llamativo es que los brasileños “hablan” siempre de desarrollo y rara vez de crecimiento, exactamente al revés de lo que ocurre en nuestro país. Si bien la evolución de las dos economías en los últimos veinte años no integra el sitio de los modelos a seguir en el mundo, bien cabe resaltar las diferencias “culturales” acerca de la visión económica en el largo plazo.

En la misma época en que se cimentaba el pensamiento desarrollista en Brasil, Arturo Frondizi ensayaba desde la presidencia argentina el último proyecto de desarrollo económico relativamente integral que ha tenido el país después del proyecto de la generación del 80. Pero la herencia fue muy diferente a la brasileña.

Argentina: de la visión de los “polos de desarrollo” al auge de la política económica

El Desarrollismo y las teorías del desarrollo de mediados de siglo

Las políticas económicas aplicadas en el país desde los años 50, y hasta 1973, consis-

tieron en la así llamada Industrialización Sustitutiva de Importaciones. La primera etapa se basó en el desarrollo de la infraestructura y de la industria liviana. La necesidad de crecientes importaciones, especialmente en materia de recursos energéticos, derivó en problemas de balance de pagos, evidenciando la debilidad extrema de la economía argentina desde 1930 a la fecha: cómo lograr un modelo de crecimiento compatible con el equilibrio externo.

Ante esta dificultad, la propuesta del Desarrollismo (1958-1962) puede ser vista como una estrategia de desarrollo. El informe de la CEPAL de 1959 diagnosticaba que el alto déficit comercial se basaba entre otros factores en las importaciones de energía, insumo crítico que a su vez condicionaba el progreso de la infraestructura de transporte y el desarrollo industrial.

En aquellos años, el enfoque teórico predominante en la naciente teoría de desarrollo era el del crecimiento balanceado⁷, muy vigente en el pensamiento económico de los países subdesarrollados desde los años 40 y 50.

El cuerpo central de la teoría del Desarrollo Económico propiamente dicha se desarrolló entre 1943 y 1958. Este cuerpo de ideas da forma a la estrategia de sustitución de importaciones llevada a cabo en buena parte del mundo subdesarrollado entre los años 50 y 70. Existe una gran cantidad de autores que trabajaron entre 1943 y 1958, años en que este cuerpo de pensamiento tuvo su máximo apogeo. Las grandes líneas son las marcadas fundamentalmente por Paul Rosenstein-Rodan (el “Big push” o crecimiento equilibrado), Albert Hirschman (eslabonamientos productivos o crecimiento desequilibrado), y Arthur Lewis (el modelo de mano de obra ilimitada). En nuestro país y América Latina, Raúl Prebisch fue el mayor exponente.

Desde fines de los años 50 hasta mediados de los 80 las teorías del crecimiento y desarrollo dejaron de ser objeto de estudio de la ciencia económica. Las investigaciones prosiguieron desde los propios países subdesarrollados, como fue con la CEPAL-Prebisch en América Latina, pero en las nacio-

nes industrializadas se dejó de estudiar el tema, fundamentalmente porque las cuestiones de desarrollo quedaron “fuera” de la corriente principal⁸, dominada por otros debates de política económica, como las posturas keynesianas y monetaristas primero, y luego por la contrarrevolución neoclásica de las expectativas racionales.

La teoría central del Desarrollo Económico de los 50 postula que el desarrollo es el resultado de un círculo virtuoso motivado por economías externas, o sea que la modernización trae más modernización. Este cuerpo de pensamiento busca encontrar respuestas a los problemas del subdesarrollo, a partir de supuestos que difieren de los neoclásicos. Los países que no se desarrollan han fallado en lograr este círculo virtuoso. Esta visión le otorga un relevante rol a las políticas activas del gobierno. Este auto-impulso o círculo virtuoso proviene de una interacción entre economías de escala al nivel del productor individual y del tamaño del mercado. Los encadenamientos productivos juegan un rol central. Otro elemento importante es la existencia de alguna forma de dualismo, como ser entre un sector productivo tradicional y otro moderno. El sector tradicional paga menores salarios y los métodos modernos de producción implican una productividad lo suficientemente mayor para pagar salarios superiores a los del sector tradicional, pero esto ocurre sólo si el tamaño del mercado es lo suficientemente grande. A su vez el tamaño del mercado depende de la adopción de técnicas modernas. Si la modernización alcanza una escala suficiente, el proceso es auto-sostenido; caso contrario, fracasa.

En los hechos, estos autores sostenían que el Estado debía impulsar, junto a la actividad privada, una expansión de la actividad industrial en forma generalizada, de modo de “gran empujón”, aprovechando la complementariedad de las industrias.

En 1958 Albert Hirschman resalta un enfoque adicional, el del crecimiento desequilibrado, donde propugna que el desarrollo sea impulsado por una serie de sectores económicos que lideren el proceso y no por un avance conjunto de todos los sectores, a

diferencia de los enfoques de crecimiento balanceado. Para ello enfatiza el rol de los encadenamientos productivos hacia delante y hacia atrás, para explicar el desarrollo desequilibrado a partir de algunas industrias. Su idea gira en torno a las economías de escala y el tamaño del mercado, y los eslabonamientos dependen de estos factores.

En la Argentina, ya durante el justicialismo, esta visión se había tenido en cuenta, con énfasis desde el Estado. El gobierno de Arturo Frondizi encaró una serie de reformas económicas de fondo desde 1958, para profundizar la estrategia de sustitución de importaciones pero a la vez dotarla de equilibrio externo. Con el objeto de integrar territorialmente al país y terminar con los cuellos de botella del sector externo –motivados por la importación de insumos intermedios-, se llevó a cabo un fuerte impulso de la industria pesada, a lo largo de todo el país. El Desarrollismo impulsó el desarrollo industrial “vertical”, en una visión de “Big push”, con el aporte de inversión extranjera directa, siendo el petróleo su primer destino. La fórmula era sustituir importaciones de petróleo y exportar carnes para mejorar el balance de pagos, mientras se desarrollaban las industrias productoras de insumos intermedios y bienes de capital: acero, petroquímicas y automotriz en una primera etapa. Con la obra pública se apuntaló el desarrollo regional vía obras de infraestructura y la construcción de una amplia red de rutas. Si bien la gestión de Frondizi terminó luego de innumerables problemas políticos, la herencia en materia de infraestructura y de estructura industrial fue muy positiva para los años venideros.

Algunos aspectos relevantes del Desarrollismo como estrategia pasaron por el fomento a los polos de desarrollo regionales, en especial en la Patagonia, y por una industrialización pesada que incluía el desarrollo de tecnología. No hace falta resaltar que se trata de variables clave para un modelo de desarrollo.

La crisis monetaria y de balance de pagos que enfrentó el país a los dos años de implementarse estas políticas no invalidó el proceso: entre 1962 y 1972 el PIB creció al 6.2% promedio anual, por efecto de las in-

versiones de la época de Frondizi, aproximándose a las mejores tasas de crecimiento del siglo, luego del 7.3% de la primera década terminada en 1909.

Algunos autores argentinos plantearon con el tiempo los límites de una estrategia que no se orientara al exterior. Ya en la visión de Raúl Prebisch de comienzos de los 60 se advertía acerca de las fallas de la industrialización, en el sentido de que había sido asimétrica al basarse en la sustitución de importaciones mediante la protección, sin la promoción adecuada de las exportaciones de manufacturas. Para él ya era necesario corregir abusos mediante la reducción de aranceles, y combinar la Industrialización Sustitutiva de Importaciones con promoción de exportaciones⁹. Así, la integración regional en el ALALC y el ALADI se transformaría en la propuesta de promoción de exportaciones que la CEPAL.

La misma cuestión ya estaba planteada por Carlos Díaz Alejandro¹⁰ cuando explica por qué la Industrialización Sustitutiva de Importaciones se orientó hacia el mercado interno y no también hacia el exterior. Guido Di Tella¹¹ (1969) critica el énfasis en la Inversión Extranjera Directa y por ende su impacto en el balance de pagos. En cambio, en su propuesta de Estrategia de Desarrollo Indirecto aconseja a cada país especializarse en aquellas áreas para las que cuenta con ventajas comparativas. Para él, la Argentina debía desarrollar aquellas industrias intensivas en el factor trabajo, como son las industrias naviera, de máquinas herramientas y de productos de cuero, de manera que produjesen manufacturas en mayor escala, con el fin de que abastezcan el mercado interno así como también el externo. De esta manera el país sería menos dependiente de las necesidades de capital y de tecnologías extranjeras. Lo conveniente sería seleccionar actividades que no usen demasiado capital, relativamente, y que usen mano de obra abundante en el país. La idea de Di Tella inevitablemente sigue a Albert Hirschman (1958) con los eslabonamientos productivos y el desarrollo desbalanceado, a diferencia del enfoque más del tipo "Big push" que encarara la Argentina entre 1950 y 1973.

Hacia la preeminencia de la política monetaria y fiscal

¿Se había encontrado a comienzos de los años 70 el modelo de crecimiento compatible con el equilibrio externo? Los hechos a partir de 1973 se encargaron de negarlo, pero algunos resultados previos merecen ser resaltados.

Como se señaló, la economía había crecido desde 1962 a 1972 al 6.2% anual. Además, el déficit estructural de comercio exterior dio paso a diez años de superávit comercial, con el crecimiento de las exportaciones como explicación central. Si bien la recuperación de las exportaciones agropecuarias fue importante, la diversificación fue mayor: las exportaciones industriales pasaron del 10% al 20% de las ventas externas totales. De todos modos, en 1973 éstas últimas totalizaban US\$ 3.266 millones, con lo cual la masa crítica de las exportaciones de manufacturas, del orden de US\$ 600 millones, tenía margen para crecer.

No obstante ello, a partir de los profundos desequilibrios macroeconómicos generados en 1973-74, la herencia de alta inflación y fuertes desordenes fiscales, superiores a los de los treinta años previos, fueron una constante. A ello se sumó la recurrente y periódica violación de los derechos de propiedad, que harían mella en la política económica y en el pensamiento de largo plazo de la Argentina. Desde 1973 el país indudablemente dejó de pensar en términos productivos – visión de desarrollo – para pasar crecientemente a estar muy pendiente de los vaivenes de la política económica y de los cambios en el sistema financiero.

Entre 1973 y 1989 la economía apenas creció 0.3% promedio anual, demasiados años para "regalar" en materia de crecimiento. La fiscalmente deficitaria gestión de 1972-73 no es condición suficiente para augurar el fin de un ciclo, hecho que sí tuvo su germen entre 1973 y 1979. Desde 1975, las políticas monetarias, cambiarias y fiscales pasaron a dominar el análisis económico argentino. A los desequilibrios fiscales y monetarios de 1973-1976 los sucedió un cambio sustancial en la economía a partir

de un esquema de libre entrada de capitales financieros internacionales, que incentivó a centrar la actividad económica en torno al sistema financiero. De esta manera, la reversión de los ciclos de entrada de dinero del exterior sería el preludio de buena parte de las crisis monetarias y bancarias hasta 2002.

En consonancia, en la corriente principal de la ciencia económica esta visión estaba en pleno auge (Lucas, Barro, Sargent), y en poco tiempo las políticas económicas responderían al nuevo enfoque. La idea central era que la intervención del gobierno había generado fallas y que debía ser corregida¹².

Bajo este enfoque, como se señalara en el primer apartado, se infiere que “buenas” políticas macroeconómicas devenirán en un proceso de crecimiento de largo plazo. Los economistas del desarrollo de los 50 sostenían que el Estado tenía un rol crucial en el desarrollo, y solucionaba las fallas de mercado, pero la nueva visión resaltaba el hecho de que entre los 60 y los 80 en la mayoría de los países subdesarrollados las políticas económicas habían sido estatistas y fracasaron. Las fallas de gobierno más resaltadas eran las empresas públicas deficitarias, la producción ineficiente de industrias nacidas bajo incentivos de rent-seeking (crítica central sobre la Industrialización Sustitutiva de Importaciones), las fallas en la prestación de bienes públicos, como en infraestructura, el fracaso de los tipos de cambio fijo y los controles de cambio, y la corrupción a gran escala. De este modo, las fallas de gobierno podían ser aún peores que las fallas de mercado.

Los 90: de los “polos de desarrollo” a los grandes centros de consumo y el MERCOSUR

En este contexto académico, en la Argentina, las reformas económicas de los 90 –apertura, privatizaciones, convertibilidad, desregulación, descentralización– sentaron los pilares de una nueva organización económica. La Convertibilidad, vista no como ley monetaria sino como forma de organiza-

ción económica, era básicamente un modelo de crecimiento, no de desarrollo. Conceptualmente, el rol del Estado dejó de ser estratégico y la asignación de los factores de la producción respondía a las señales macroeconómicas. El aumento de la productividad era un objetivo troncal de política: “la productividad total de los factores creció en la Argentina al 6.5% promedio anual entre 1990-94... El desempleo y la pobreza son dos issues a los cuales los economistas del desarrollo dan máxima prioridad. Pero no es a través de paternalismo, políticas redistributivas y expansión macroeconómica como resolveremos esos problemas. El único camino para salir del sendero del subdesarrollo pasa por crear las condiciones para un rápido crecimiento de la productividad y dejar que los beneficios se derramen a toda la sociedad”¹³.

Cuál hubiera sido la otra historia de la Convertibilidad desde 2001, de no mediar la errónea gestión fiscal, es un enigma contrafáctico que nunca tendrá respuesta. Aquí solo se pretende hacer una revisión desde el punto de vista del desarrollo económico, y en particular desde el punto de vista de la producción de bienes y servicios. En este sentido, el enfoque de la mejora de la productividad sin dudas era un camino correcto, pero la combinación productiva entre bienes transables y no transables derivada con el correr de los años, evidenciaría efectos seguramente no deseados en aquella visión.

Con la Convertibilidad se profundizó el proceso iniciado en 1974-75, por el cual se dejó de lado la visión de conformación de “polos de desarrollo” productivos, que predominara crecientemente entre los años 50 y 70, donde la localización de la actividad económica era mucha veces acompañada o incluso precedida por la inversión pública en infraestructura, y que tenía un objetivo de integración territorial amplio¹⁴. El nuevo enfoque dejó más librado a las señales del mercado y a la iniciativa privada la asignación de factores de la producción, básicamente en función de las oportunidades de negocios que tanto la expansión del sector servicios urbano como el comercio de bie-

nes, especialmente con el MERCOSUR, generaban.

La introducción por ley de un tipo de cambio convertible “para siempre” era la señal más fuerte en cuanto a la asignación de factores de la producción. En la primera mitad de los años 90, la fuerte oleada de privatizaciones acompañada por un esquema de desregulación alentó la llegada de Inversión Extranjera Directa con esos destinos, básicamente servicios públicos. Una segunda etapa post-tequila, desde 1996, significó nueva IED orientada tanto a no transables (básicamente servicios privados) como a algunos sectores transables. Entre estos últimos, se destacaron los vinculados a la industrialización de recursos naturales, como los sectores agroalimenticios y los commodities industriales (petroquímica, siderurgia)¹⁵. De todos modos, el balance de los años 90 indica que no menos del 60% de la IED se orientó a no transables¹⁶. Para Raúl Prebisch, las empresas transnacionales no sólo habían transferido tecnología principalmente hacia los sectores productores de recursos naturales, sino que colaboraron en internacionalizar la producción de bienes de consumo: lo que es más, contribuyeron a “imitar frenéticamente las formas de consumo de los centros”¹⁷ y las propias pautas de consumo de los países avanzados. Sea cierto esto o no, lo cierto es que la convertibilidad exacerbaba las tendencias del consumo privado en la Argentina.¹⁸

Las señales de mercado mostraban, entre otros factores, un alto poder adquisitivo del salario en dólares, un mercado interno “ampliado” con el MERCOSUR, junto a un tipo de cambio que no iba a ajustar ante eventuales shocks externos, por su total rigidez. Ante este contexto, es lógico que la inversión se orientara hacia servicios o hacia bienes exportables al Mercosur. Por otra parte, el destino del crédito bancario, como se verificó, siguió un derrotero similar, con escasa asignación a sectores productores de bienes transables, y con énfasis hacia préstamos para consumo (personales, tarjetas de crédito, hipotecarios) y al Estado¹⁹. Los datos del crédito al sector privado en la segunda mitad de los 90 muestran este tipo de

asignación, en momentos en que el costo del crédito comercial para empresas que no fueran de primera línea aún en los mejores años se mantuvo firme en los dos dígitos. Los préstamos bancarios por sector de actividad económica tuvieron la siguiente distribución entre 1995 y 1999: 44.3% hacia sectores no transables, 27.4% hacia transables (agro e industria), 23% a familias y 5.4% sin discriminar. Por ende, el 72.6% se destinó a no transables²⁰. En estos casos, se hace notoria la ausencia de un banco de fomento del desarrollo, al estilo del BNDES brasileño.

Así, la convertibilidad, desde un punto de vista de la estructura productiva, podía llegar a autogenerar su propia destrucción, pues tendía a deteriorar el balance de pagos en forma creciente, mostrándose como un modelo de crecimiento incompatible con el equilibrio externo²¹. Esto último se asociaba al hecho de que el crecimiento se sostenía con desahorro del sector privado, déficit fiscal y déficit comercial, con lo cual dependía del ahorro externo. Un shock externo de magnitud podía revertir el ciclo financiero, con ello afectar el ciclo real y así generar una crisis, como ocurrió desde mediados de 2001.

Es importante señalar que Llach (1997)²², en uno de los pocos trabajos con una lectura de largo plazo hacia el futuro de la Argentina, proponía otros caminos para profundizar la Convertibilidad. Con una visión de desarrollo, planteaba una Argentina para el bicentenario con elementos complementarios a los vigentes, como una mayor inserción al mundo y una política industrial para el crecimiento y la equidad, entre otros. La idea era promover políticas horizontales de competitividad, desde una estrategia microeconómica, como así también la elaboración de una estrategia nacional de política tecnológica, entre una agenda más amplia.

Lo más relevante es que este tipo de políticas microeconómicas mostraban un punto de convergencia entre las posiciones más proclives al “crecimiento” y las visiones de “desarrollo”, pudiendo haber sido un camino hacia la convergencia del ideario econó-

mico argentino. De todos modos, las señales de asignación de la Inversión hacia los no transables probablemente iban a generar en la Convertibilidad desequilibrios externos de difícil solución.

Cómo recuperar la visión “desarrollista” de la economía sin morir en el intento

Hasta aquí se ha pretendido reflexionar brevemente acerca de la evidencia de estrategias económicas en la Argentina de los últimos cincuenta años y de cómo las posturas excesivamente centradas en el “crecimiento” o en el “desarrollo” no han tenido un final feliz. Lo que se trata de ahora en más es de identificar, a partir de la situación actual de la economía, posibilidades de conexión que colaboren en la conquista de consensos²³ imprescindibles para salir del subdesarrollo.

La superación de antiguas antinomias es clave y la macroeconomía viene en nuestra ayuda en la actual coyuntura. Por primera vez desde 1930 la economía se encuentra con un crecimiento compatible con el equilibrio externo²⁴. Además, existe superávit fiscal y la inflación es baja.

Si bien persiste una situación de default de la deuda pública a resolver, el balance de pagos registra superávit de cuenta corriente, situación que pareciera mantenerse para los próximos años. Esto dependerá en buena medida del comportamiento de la cuenta capital: si no hay libre movilidad de capitales, el multiplicador del crédito bancario –que como ya se señaló ha tendido más hacia consumo que hacia inversión– no crecerá demasiado. Por ende, las importaciones seguirán recuperándose pero corriendo desde atrás. Si hay regulaciones a la entrada de capitales –como ha tenido Chile, por ejemplo, desde largos años– y se mantiene el equilibrio fiscal, el tipo de cambio no tenderá a apreciarse, apuntalando la rentabilidad de vastos sectores transables. En este marco, las exportaciones deberían crecer a una tasa suficiente para garantizar el equilibrio externo.

La Convertibilidad, por su parte, ha deja-

do por lo menos dos lecciones relevantes: la eliminación de la inercia inflacionaria y la convicción de que las mejoras de productividad son posibles. Para esto último se requerirá mayor seguridad jurídica, que amerite un renovado proceso de inversiones que acompañe al crecimiento y que no lo amenace, como ha ocurrido con la crisis energética.

Las políticas fiscales, monetarias y cambiarias podrían tender al ansiado equilibrio, y dejar de ser el desvelo de los economistas. Ya no se tratará de políticas activistas como muchas de las previas a 1973, que derivaban en problemas de balance de pagos, ni tampoco de políticas monetarias y fiscales que desde 1975 siempre terminaron en idénticos o mayores problemas de balance de pagos.

De este modo, el crecimiento podría ser compatible con el equilibrio externo y dejar paso a la implementación de estrategias de desarrollo. Para esto urge recuperar la discusión en torno al desarrollo económico, especialmente en el inconsciente del pensamiento económico argentino.

El abandono de antinomias y dogmatismos, máxime cuando el éxito no fue el resultado de ninguna de las posturas, será una señal de madurez por parte del pensamiento económico argentino. Cabe recordar que los países emergentes exitosos de los últimos veinte años²⁵ no tuvieron políticas ni heterodoxas ni ortodoxas, simplemente tuvieron estrategias de desarrollo enmarcadas en un consensuado proyecto país.

¹ Es fundamental diferenciar al Desarrollo del Crecimiento. El crecimiento económico es una medida objetiva de la realidad, que representa el conjunto de bienes instrumentales básicos con los que cuenta una comunidad a efectos de obtener determinadas finalidades. No refleja el grado de satisfacción de necesidades como así tampoco en qué forma y proporción se distribuyó el ingreso. El crecimiento es mensurable y objetivo; describe, por ejemplo, la expansión de la fuerza de trabajo, del capital, del volumen del comercio y del consumo. El desarrollo, de alguna forma, se emplea para describir no las medidas cuantitativas de una economía en crecimiento,

como por ejemplo la tasa de aumento de la renta real per cápita, sino los cambios económicos sociales y de cualquier otro tipo que dan lugar al crecimiento. El desarrollo económico exige cambios más allá de las técnicas de producción, como ser en las actitudes sociales y en las instituciones, y puede utilizarse para describir los determinantes subyacentes del crecimiento económico, como por ejemplo los cambios valorativos o institucionales. El Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas es una buena medida del desarrollo, conteniendo tres variables: esperanza de vida, logro educacional y PIB real per capita, de las cuales sólo esta última es propiamente dicha "económica".

² El Informe de la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo, conocido como Informe Brundtland, afirmó en 1987 que las metas del desarrollo económico y el medio ambiente eran interdependientes. Para describir esa relación se acuñó la expresión desarrollo sustentable: "se entiende por desarrollo sustentable al desarrollo que permite cumplir los objetivos de las generaciones presentes sin modificar ni disminuir las posibilidades de que las generaciones futuras puedan lograr por lo menos el mismo nivel de desarrollo. El principio fundante es la equidad intergeneracional". Luego, la versión popularizada del término "desarrollo sustentable" se ha extendido a un programa de crecimiento sostenible en el tiempo, en la acepción utilizada, por ejemplo, por los organismos multilaterales de crédito.

³ Lucas, Robert E. (1988). "On the Mechanics of Economic Development". *Journal of Monetary Economics* 22, 3-42. Detrás de los fundamentos microeconómicos de la nueva macroeconomía clásica se pueden apreciar claramente las categorías neoclásicas de consumidor y unidad de producción, en las cuales el hombre, más allá de su participación en alguna de ellas, no tiene participación alguna. Bajo esta visión, es lógico que el Desarrollo sea visto como una disciplina prácticamente ajena a la economía "By the problem of economic development I mean simply the problem of accounting for the observed pattern, across countries and across time, in levels and rates of growth of per capita income. This may seem too narrow a definition, and perhaps it is, but thinking about income patterns will necessarily involve us in thinking about many other aspects of societies too, so I would suggest that we withhold judgement on the scope of this definition until we have a clearer idea of where it leads us."

⁴ Se entiende por ésta a la integrada por el cuerpo teórico de las escuelas neoclásica y keynesiana, con todas sus extensiones.

⁵ El mismo Albert Hirschman distinguía en "La estrategia del desarrollo económico" entre modelos de crecimiento y procesos de desarrollo. En su enfoque, la teoría económica del crecimiento, como el modelo de Harrod-Domar, era más un estorbo que una ayuda para avanzar en la economía del desarro-

llo, y además no era aplicable a los países subdesarrollados.

⁶ John Williamson (1990) *Latin American Adjustment: How much has happened?* Washington D.C., Institute of International Economics.

⁷ Rosenstein-Rodan, P. (1943). "Problems of industrialization of eastern and southeastern Europe", *Economic Journal*

⁸ Para Paul Krugman esto se debió tanto a las posturas "extremas" de Albert Hirschman como sobre todo a la imposibilidad de modelizar la cuestión de los rendimientos crecientes (1995, "The fall and rise of development economics", página web).

⁹ Prebisch, Raúl (1963). *Hacia una dinámica del desarrollo económico latinoamericano*. Fondo de Cultura Económica. México, DF.

¹⁰ Díaz Alejandro, Carlos (1975), *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Ed. Amorrortu.

¹¹ Di Tella, Guido (1973). *La estrategia del desarrollo indirecto*. Ed. Paidós.

¹² Krueger, Anne O. (1990). "Government failures in Development", *Journal of Economic Policy*.

¹³ Cavallo, Domingo y Mondino, Guillermo (1995) "Argentina's miracle? From hiperinflation to sustained growth?" *World Bank, Annual World Bank Conference on Development Economics*, 1995.

¹⁴ No sólo el Desarrollismo sostenía esta idea. Buena parte de los gobiernos militares –especialmente los de carácter más nacionalista– y el propio Justicialismo se había alimentado de las ideas de las escuelas localizacionistas alemanas, con Von Thunen y su teoría de la localización, a comienzos de siglo, y con Lösch y el emplazamiento central, en los años '40.

¹⁵ Jorge Katz (2000) explica los patrones de desarrollo industrial en los '90 en América Latina, en los cuales se puede distinguir un alto ingreso de IED hacia los países del cono sur orientado a recursos naturales, mientras que en los casos de México y algunos países de América Central, como Costa Rica, la IED se destinó a industrias maquiladoras y textiles y con incorporación de tecnología. Ver "Reformas estructurales, productividad y conducta tecnológica en América Latina". Fondo de Cultura Económica- CEPAL.

¹⁶ Ver: Dirección Nacional de Cuentas Internacionales. Subsecretaría de Programación Macroeconómica. Secretaría de Programación Económica y Regional. Ministerio de Economía (2000) "El proceso de privatizaciones en la Argentina desde una perspectiva del Balance de Pagos"

¹⁷ Exposición en el 21º período de sesiones de la CEPAL, México, 1986.

¹⁸ Ernesto A. O'Connor (2002) "Políticas de crecimiento pro-consumo en Argentina: la perpetuación del subdesarrollo". *Revista Valores en la Sociedad Industrial*. CESI. UCA. Mayo 2003. Año XXI / N° 56

¹⁹ Bien vale recordar la predicción de Hirschman (1958) en el sentido de que en los países subdesarrollados las decisiones de ahorro e inversión no siem-

pre se encuentran, siendo necesarios mecanismos de conexión adicionales. En este sentido han demostrado ser muy útiles el BNDES en Brasil, como así también los organismos de fomento de exportaciones y desarrollo e internacionalización de empresas industriales como el Forfas (Irlanda), ICX (España) o el ProChile, entre otros tantos.

²⁰ Fuente: Programa de Estudios de Economía Aplicada. Universidad Católica Argentina, en base a BCRA.

²¹ Bárbara Stallings y Wilson Peres anticipan estos riesgos para la Argentina en el año 2000. Ver: "Crecimiento, Empleo y Equidad. El impacto de las reformas económicas en América Latina y el Caribe" . Fondo de Cultura Económica- CEPAL (2000).

²² Llach, Juan (1997). "Otro siglo, Otra Argentina", Ed. Ariel. Capítulo XII.

²³ Cabe señalar las dificultades que ha tenido al respecto la Mesa de Diálogo Económico del Diálogo Argentino, coordinado por la Iglesia y las Naciones Unidas.